

UNA ESPECIE DE NOVIO

Durante más de dos horas esperaron a Carolina en la puerta de la discoteca, pero no llegó, ni aquel día ni ningún otro; se había quedado a poco más de un kilómetro de allí, tendida en una curva de la carretera, lejos de su moto, una vespa acabada de estrenar.

Los amigos se fueron enterando de lo ocurrido por las conversaciones de la gente que entraba en el baile, en general con el aire eufórico, como si hubiesen experimentado una fuerte subida de adrenalina. Por los comentarios el impacto había sido de aúpa: «Se la han llevado en helicóptero», «¡qué movida!», «inconsciente», «moto verde», «morena», «debajo de una furgoneta». Recogieron retazos de frases de aquí y de allá, y con eso tuvieron suficiente para identificar a Carolina, que tres horas antes había dicho: «Tengo que contaros la última». Ahora, en la sala de espera del hospital, sus palabras les parecieron una premonición terrible, y buscaron un significado que seguramente no tenían.

No hacía ni seis horas que se habían reunido todos para celebrar el final de los exámenes con una cena, los que tenían que entrar a la Universidad y los que aparcaban definitivamente los estudios, incluso los suspendidos, conformados con el oasis de un tiempo sin libros. Y ahora vagaban medio extraviados, incrédulos todavía.

Los padres de la accidentada acudieron poco después de que la tropa llegase al hospital, advertidos por la policía de atestados. Los vieron entrar a toda prisa y tomar al asalto el mostrador de información. «Sí, su hija está aquí –les dijo un administrativo de expresión neutra–, ahora mismo la están operando.»

Se resignaron a esperar, como todos, en una sala minúscula que les obligaba a mirarse unos a otros. De pronto, el padre de Carolina se encaró con uno de los amigos que conocía.

–¿Qué ha pasado, Rafa?

Pareció que el aludido iba a dar una explicación, pero el otro no le dejó ni empezar.

–Debéis de estar contentos –remató brusco.

Sintieron que de alguna manera les hacían responsables de aquello, pero nadie se sintió con ánimo de rebatir tal injusticia.

Sin premeditación se fueron arracimando en el dintel de la puerta, y en pocos minutos se encontraron del otro lado, en un pasillo, hablando en voz baja, como si conspirasen. Tan sólo Alejandro se quedó como una cabeza de puente en el interior de la sala, clavado en una silla de plástico. En cierta manera era quien más derecho tenía, en cierta manera él y Carolina se podían considerar un poco novios, desde que habían dormido juntos en la misma tienda, en el llano del Barber.

Al cabo de una larga hora llegó alguien en bata blanca y se dirigió a los padres. Se identificó como el médico que había atendido a Carolina de urgencia. Alejandro escrutó su rostro y le pareció que sonreía, pero sólo era un signo de amabilidad.

El médico cogió los antebrazos de la pareja, y por un momento compusieron un trío extraño, como si bailasen; les dijo que podían subir, que estarían mejor arriba, y que más tarde podrían ver a su hija.

–¿Cómo está? –preguntó la madre.

El médico hizo una pausa antes de responder:

–Ha sido fuerte.

Los padres de Carolina no insistieron, no se atrevían a encajar nada más por el momento. Su hija estaba viva y con eso tenían suficiente.

Desde entonces, la pandilla se hizo otra vez dueña de la sala; se desplazaban apiñados, como un majal de peces que responden unidos a los vaivenes de la fortuna. Pero entre unas cosas y otras se había hecho tardísimo y poco después algunos empezaron a evidenciar muestras de cansancio. Carlos supo interpretar el desasosiego de los demás.

–Aquí ya no hacemos nada, es mejor que volvamos mañana.

De nuevo Alejandro se quedó clavado en la silla. Cuando alguien se dio cuenta, el grupo volvió atrás.

–¿Eh, tío, qué pasa? No puedes hacer nada –le dijo Carlos.

–Me quedo –respondió el otro con la mirada clavada en el suelo.

–Venga, que te llevo a casa. Mañana recogerás la moto.

Carlos le obligó a levantarse y lo arrastró del brazo.

–He dicho que me quedo –se desasó Alejandro, y se aferró de nuevo a la silla.

–Oye, tío... –dijo Maite, en un tono que pretendía ser de consuelo, pero no supo cómo continuar y el resto empezó a parlotear sin ton ni son, unos que se iban y los otros que no. En medio de este debate se dejó oír una vez más la voz rotunda de Alejandro.

–Dejadme en paz.

Hubo una pausa. Después Carlos dio por zanjado el asunto y obligó a todos a marcharse. En pocos segundos, Alejandro se quedó solo, y fue consciente de un silencio que contrastaba con el alboroto de antes. Se sintió entonces desamparado; tenía frío y la perspectiva de una espera que no sabía cuánto duraría. Hubiese sido estupendo que se hubiese quedado alguien, poder hablar con quien fuese, para no tener que pensar.

Se abrigó con la cazadora. El verano apenas había empezado, y por la noche aún se notaba el frío. Eso le llevó a evocar otra noche del invierno pasado, en una tienda de campaña en compañía de Carolina, en una acampada que hicieron al llano del Barber, cerca de la sierra de Les Agulles. La casualidad quiso que aquella noche tuviesen que dormir juntos, y la habían pasado en vela del frío, un frío que hacía estallar las piedras, que se metía dentro de los huesos, y que les obligó a compartir los sacos.

Estuvo un rato con los ojos cerrados, las piernas estiradas, y le vino a la mente el perfil dentado de la sierra de Les Agulles. Le vinieron a la cabeza otros recuerdos, más o menos ráidos, tal como afloraban a su pensamiento. Al cabo de dos horas, ya no sabía cómo estar y salió a caminar por el recinto exterior. Poco a poco rompió el alba a lo lejos, como rendijas de luz azul, primero muy tenue, hasta que

los colores anaranjados se impusieron en el cielo, y se oyó un trino de pájaros que se concentraba sobre el pequeño jardín del aparcamiento.

Le pareció que era una hora prudente para telefonar. En casa se hicieron cargo enseguida de la situación. Su padre incluso le expresó palabras de ánimo, pero imparciales, como diría de cualquier amigo, porque no sospechaba la importancia de su relación con aquella chica. Le dieron ganas de estampar el móvil contra el suelo, y sintió la convicción de que tenía que subir, que su sitio estaba allá arriba, con los padres de Carolina. ¿Pero qué podía decirles?: «Pasé una noche con su hija en la misma tienda, en el llano del Barber, cerca de la sierra de Les Agulles, éste es mi bagaje, soy como una especie de novio, tengo todo el derecho a estar aquí».

Puede que no hubiese que decir nada, sólo estar allí. En cualquier caso no podía aguantar más la incertidumbre y los pasos lo encaminaron al hospital. Entonces, un vigilante lo detuvo y le exigió un permiso; Alejandro se quedó desconcertado.

—¿Un permiso de qué?

—Para entrar, hace falta un permiso.

Explicó la situación, que había entrado por la puerta de urgencias unas horas antes, un accidente de moto, pero el hombre se mostró impasible.

—¿Eres de la familia?

—Bueno, no exactamente, pero...

—En ese caso hace falta un permiso.

—Es que...

Detrás de él se había formado una pequeña cola; esta gente de primera hora no venía para hacer visitas de corte-

sía, sino para atender a los enfermos, para hacer un relevo. En ese momento, alguien empezó a dar señales de impaciencia, y Alejandro se tuvo que apartar.

Se dirigió a la cafetería. En aquellas horas había ya mucho barullo. El personal sanitario tenía cambio de turno y la cafetera empezaba a echar humo. Alejandro se puso a la cola del bufete y fue haciendo camino, y cada nuevo paso se tenía que apoyar en la barra de aluminio, como si le costara un montón aguantar su propio peso.

Poco después se sentó en un rincón, frente a un café con leche y un par de magdalenas que intuía que no podría tragar. Cerró los ojos y lo inundó una somnolencia desagradable; sentía la cabeza pesada, el preludeo de un ataque de migraña.

—¿Puedo sentarme? —oyó que le preguntaba alguien a su lado.

El joven abrió los ojos y vio a una chica de unos veinte años que lo miraba intensamente; los brazos le descansaban sobre la mesa, su mesa, y llevaba una bandeja en las manos, con un zumo de naranja y una rebanada de pan tostado; su pelo era castaño oscuro y el oval de su cara tenía un perfil redondo, de facciones anchas, pero bien proporcionadas, con una pequeña asimetría de los ojos apenas perceptible.

—¿Puedo sentarme? —insistió la joven.

Alejandro se fijó que había algunas mesas vacías a su lado, pero no se atrevió a rechazar el ofrecimiento, y le hizo un gesto con la mano que más que una invitación evidenciaba apatía. Pero la otra o no lo advirtió o no quiso hacerlo patente.

—No sé por qué tomo un zumo de naranja, siempre acabo por dejármelo; lo hacen con unos polvitos... Me llamo Nuria. Perdona si...

Nuria suspendió la frase y se quedó mirando al muchacho, que se había cubierto media cara.

Alejandro notó la mano de la chica en su muñeca y se puso tenso.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué? —se pellizcó los lagrimales con los dedos—, tengo una amiga allí —explicó, y señaló vagamente uno de los edificios del recinto hospitalario—. No me dejan entrar.

—Ya.

Después de un silencio, se creyó en la obligación de añadir:

—Un accidente de moto...

Nuria frunció los labios; era su manera de demostrarle apoyo.

—¿Y los médicos, qué dicen?

—No sé nada. Han tenido que operarla, eso es lo que dicen.

Nuria le cogió de nuevo la mano, con la palma hacia arriba, y Alejandro le vio una marca en la muñeca, un tatuaje de unos dos centímetros cuadrados que evocaba vagamente la forma estilizada de un rostro, la parte del ojo.

—Ya verás como todo irá bien.

—Sí, todo irá bien.

Alejandro retiró la mano y abrió el paquete de magdalenas, un gesto evasivo, porque en seguida lo dejó intacto sobre la mesa. A continuación echó el azúcar en la taza y

estuvo removiendo el líquido más tiempo del necesario, con los ojos fijos en el café con leche, en la espuma que daba vueltas como el epicentro de un remolino.

—¿Qué haces?

Alejandro salió de su ensimismamiento y levantó la vista.

—¿Ahora?

—No, quiero decir qué haces en la vida, ¿a qué te dedicas?

—No sé, no hago nada. Quiero decir..., estudio. Hemos terminado el curso, y el próximo año tenía que ir a la Universidad.

—¿Tenías que ir?

—Sí, aún no tengo claro lo que voy a hacer —Alejandro sonrió, una sonrisa agria—. Quería ser médico, pero creo que se me han pasado las ganas.

—A lo mejor no hace falta que lo decidas ahora, ¿no?

Nuria dio un mordisquito a la rebanada de pan y se tomó un sorbo de naranjada.

—¿Y tú? —preguntó Alejandro, con la intención de cambiar de tema.

—¿Yo qué?

—¿Trabajas aquí o tienes algún enfermo?

—Ni una cosa ni otra. Estoy esperando a una amiga —Nuria señaló la cocina con un ligero cabeceo y Alejandro espío el interior a través del ventanuco. Vio pasar a una mujer de unos treinta y tantos, y le sorprendió que Nuria la hubiese calificado de amiga—. Es Virginia. Vamos a Pápirus, una tienda que tenemos en el centro.

—Ah.

El rostro de Alejandro dibujó una expresión entre la perplejidad y el interés.

—¿De qué se trata, una tienda de ropa?

—No, pertenecemos a una asociación de amigos de Egipto, de la cultura egipcia...

—¿Los faraones y todo eso?

Nuria sonrió.

—Los faraones y todo eso, sí. Damos cursos y charlas para difundir la cultura egipcia, *todo eso* que dices tú —subrayó Nuria con un poco de sorna, una sorna que quería ser amable—. Y también trabajamos en proyectos de desarrollo en la zona del Fayyūm, abrimos pozos, construimos acequias..., lo que podemos, es una manera de devolver un poco de lo mucho que nos ha dado esta civilización. ¿No crees?

—No conozco nada de los egipcios. Excepto las pirámides, las momias, todo eso —el muchacho se mordió los labios; había vuelto a decirlo—. No pretendía burlarme, perdóname.

—No te preocupes, eh... ¿Cómo te llamas?

—Alejandro. Bueno, Álex.

—Álex, es bonito.

—Bueno, no sé, es mi nombre.

Nuria se le quedó mirando con los labios trémulos, como si estuviese tramando una broma.

—En general, nadie conoce nada sobre Egipto más allá de cuatro tópicos. Pero te quedarías boquiabierto de todo lo que nos han legado los egipcios a lo largo de cinco milenios.

—Hum.

—La medicina, la religión, la agricultura... —Nuria iba a dar otro bocado a su rebanada y suspendió la acción a medio camino—. Hum, ¿sabías que los egipcios fueron los primeros que elaboraron pan? ¿Y que preparaban cerveza?

—No tenía ni idea.

Alejandro se revolvió incómodo. Le pasó por la cabeza que su situación era de lo más singular; se hacía cruces de estar escuchando toda aquella retahíla de anécdotas, inventos y fechas sobre Egipto mientras Carolina yacía en alguna cama luchando entre la vida y la muerte. Se llevó la bebida a la boca y tomó un sorbo. En ese momento Nuria hablaba de la espiritualidad del pueblo egipcio.

—La muerte no es ningún final. El alma abandona el cadáver y vaga un tiempo hasta que vuelve al cuerpo y entonces vive en el paraíso. Por eso momificaban los cuerpos, los egipcios, para que el alma lo encontrara intacto al volver...

—Es una idea bonita.

Nuria se dio cuenta de la aprensión en la actitud de Alejandro.

—Perdona, no tendría que haber hablado de eso.

—No, es muy interesante, de verdad... es sólo que...

—Soy una estúpida. Pero te había visto tan fastidiado...

—Bueno, creo que es mejor que me vaya.

—Sí. Vete. No será nada, ya lo verás.

El joven se levantó y Nuria le puso una mano en el brazo.

—Oye, Álex, ¿por qué no te vienes un día?, tú y tu chica, cuando pase todo —le dio una tarjeta de publicidad—. Damos cursillos y conferencias gratuitas.

Alejandro cogió la cuartilla por la parte del anverso, una reproducción a mayor escala del mismo signo que había visto en la muñeca de Nuria, el ojo estilizado, pero todo de colores azules, una combinación de azules intensos, brillantes, como de vidrio.

–No sé... No tengo demasiado tiempo –se excusó con la mirada clavada en aquella imagen.

–Es el Udjat, un amuleto poderoso, te protege aquí y en el más allá.

Alejandro levantó la vista.

–El Udjat –repitió mecánicamente.

Nuria tenía un centelleo en los ojos, un centelleo malicioso, como si hiciese chanza, pero también como si le quisiese hacer partícipe de algo. Alejandro pensó todo eso en un segundo. Después se despidió y salió precipitadamente de la cafetería; mientras se alejaba de allí sintió escrúpulos de lanzar la tarjeta, por si ella le estaba mirando, por eso se la guardó en el bolsillo de detrás de los pantalones, y ya no volvió a pensar en ello.

Esta vez Alejandro no tuvo problemas con el vigilante de la entrada. Agachó la cabeza y caminó hacia adelante haciendo caso omiso del murmullo de la cola. Dejó a un lado el ascensor para no perder tiempo y subió por las escaleras. Entró en cada piso, examinaba cada rincón, y se detenía en las salas de espera, escrutando en los rostros de aquellas tragedias anónimas un signo que le resultase familiar.

En el sexto piso vio a los padres de Carolina en medio del pasillo y se detuvo: la madre sollozaba contra la pared, y

daba la espalda al padre que, unos metros más allá, miraba por la ventana, pero también eso era como una pared, su vista era incapaz de traspasar el cristal; lo miraba obsesivamente, como idiotizado.

Poco a poco Alejandro se les acercó; hubiese querido prolongar la distancia, no tener que encararse todavía con aquellas personas a quienes apenas conocía.

Llegó junto al padre, y entonces se sorprendió de oír su propia voz:

—¿Cómo está Carolina?

Éste se dio la vuelta y se le quedó mirando hasta que pareció que lo reconocía. Le puso la mano en la nuca y cuchicheó:

—Me han preguntado si queremos donar los órganos...
—y después, con la voz rota, añadió—: no hay nada que hacer.